

Más testimonios sobre Jesús

E. Edward Zinke

Más allá de los signos de la divinidad de Cristo, Juan registró otros temas que enriquecen el mensaje de su libro. En particular, señala signos que tienen un carácter mesiánico distintivo. Señalan a Jesús como el Cristo, el cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento de un Salvador venidero que traería la salvación a aquellos que la aceptaran.

Juan quiere que sus lectores entiendan que Jesús es el Mesías. Él quiere que lo aceptemos como nuestro Salvador para que podamos tener la salvación a través de Él.

Las primeras señales de la divinidad de Cristo que Juan registró en su Evangelio incluyen a Jesús cambiando el agua en vino, sanando al hijo del noble, sanando al hombre junto al estanque de Betesda, alimentando a los cinco mil, sanando al hombre ciego de nacimiento y resucitando a Lázaro. Aunque se mencionan otros milagros, hemos revisado estos porque están específicamente etiquetados por Juan como señales.

Además, hemos estudiado a los testigos que testificaron sobre Jesús en el Evangelio de Juan. Son un grupo diverso e incluyen a Juan el Bautista, el Espíritu Santo, Andrés, Felipe, Nicodemo, la mujer en el pozo, la gente de Samaria y el propio testimonio de Jesús sobre sí mismo.

En cada caso, hubo quienes se sometieron a la Palabra de Dios y, por lo tanto, aceptaron a Jesucristo como su Salvador. Otros se aferraron a su visión del mundo como la medida de todas las cosas y, como resultado, rechazaron a Jesús.

Al principio del ministerio de Cristo, hubo una aceptación general del significado de las señales. Muchos afirmaban que Él era el Mesías. Pero pronto comenzó una reacción y con ella una divergencia de opiniones. La curación del hombre junto al estanque de Betesda hizo que muchos líderes rechazaran el mensaje de que Jesús es el Mesías, enviado por Dios el Padre. Lo rechazaron como su Salvador porque no encajaba en su molde, en sus expectativas, de lo que sería el Mesías. No era un héroe conquistador que superaría sus problemas con Roma. Ni siquiera el

testimonio de Moisés, su héroe, fue suficiente para convencer a la clase dominante de lo contrario.

Juan el Bautista testifica de nuevo

Aunque Jesús fue rechazado en gran medida, Juan tiene cuidado de incluir los testimonios de muchos que creían en el Mesías. Además de Andrés, Felipe y la mujer del pozo, otros testigos se acercaron para declarar que Jesús era el Cristo. A Juan el Bautista, un testigo clave en el Evangelio de Juan, se le dio un papel profético para allanar el camino para la venida y recepción del Mesías (Juan 1:6-8, 15, 19-36).

Juan rara vez lleva a una persona al escenario más de una vez, pero Juan el Bautista es una excepción. Aparece en el Evangelio de Juan en [Capítulos 1, 3 y 5](#). Su testimonio es un testimonio muy fuerte de Jesús como el Mesías.

De pie junto al río Jordán, Juan el Bautista vio a Jesús que venía hacia él y dijo:

"¡Mirad! ¡El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo! Éste es aquel de quien dije: "Después de mí viene un hombre que es preferido antes que yo, porque fue antes que yo". Yo no lo conocía; sino para que se manifestase a Israel, por eso vine bautizando con agua".

Y Juan dio testimonio, diciendo: "Vi al Espíritu que descendía del cielo como una paloma, y se quedó sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: "Sobre quien ves que el Espíritu desciende y permanece en él, éste es el que bautiza con el Espíritu Santo". Y he visto y testificado que éste es el Hijo de Dios" (Juan 1:29–34).

En Juan 3, Juan estaba bautizando cerca de donde los discípulos de Jesús también estaban bautizando. Surgió una disputa entre los dos bandos sobre quién bautizaba a más discípulos. Aparentemente, los líderes judíos vieron esto como una oportunidad para fomentar la división entre los dos grupos. Esta tensión permitió a Juan el Bautista desescalar la disputa y describir las diferencias entre Jesús y él mismo. Su trabajo principal era preparar el camino para la venida del Mesías, describir quién era Jesús y edificarlo.

Juan el Bautista lidió humildemente con la disputa entre las dos partes mientras magnificaba a Cristo al mismo tiempo. Dejó claro que él no era el Cristo. Más bien, fue el precursor de Cristo. Al igual que la relación entre un novio y su amigo, Juan el Bautista declaró: "Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe" (versículo 30).

Un testimonio mayor

En Juan 5, el testimonio de Juan el Bautista se menciona por tercera vez. Fue testigo de la verdad. Como una lámpara encendida y brillante, su testimonio fue escuchado por un corto tiempo. Jesús les recordó cuidadosamente a los líderes que su interés inicial en el mensaje de Juan había disminuido. Luego les presentó a un testigo más grande que Juan el Bautista: el testigo de Su Padre.

Declaró que las obras que el Padre le había enviado a realizar daban testimonio de que el Padre lo había enviado. "Tengo un testigo más grande que el de Juan; porque las obras que el Padre me ha dado para que las termine, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, de que el Padre me ha enviado" (versículo 36). Otro testimonio fue el del Padre mismo: "El que me envió, ha dado testimonio de mí. Ni habéis oído su voz jamás, ni habéis visto su figura" (versículo 37).

Ahora viene una reprimenda importante: los gobernantes han rechazado el testimonio de las Escrituras, el medio por el cual Dios ha elegido comunicarse con nosotros y acercarnos a Él. Las Escrituras testifican de Jesús a fin de que, al aceptar su invitación, tengamos vida eterna. Si rechazamos la invitación de las Escrituras a entrar en una relación de amor con Dios, ¿cómo podemos conocer al Dios que se ofrece a nosotros a través de Su Palabra?

El testimonio de la multitud

El Evangelio de Juan pasa entonces al milagro de la alimentación de los cinco mil (Jn 6). Este milagro, o señal, tuvo lugar cuando Jesús estaba predicando en el campo. No había acceso a la comida, excepto cinco panes y dos peces del almuerzo de un niño. Con estos escasos recursos, Jesús alimentó a cinco mil personas.

Este milagro fue visto como una señal de que Jesús fue llamado a un ministerio profético. De hecho, este milagro fue visto como el cumplimiento de la promesa de la venida del "Profeta" (Juan 1:21; 6:14).

Seguramente este fue el cumplimiento de las profecías de que un Libertador vendría y liberaría al pueblo. Desafortunadamente, esta actitud hacia la misión mesiánica provenía de una perspectiva mundana. Moldeó los pensamientos de la gente sobre quién era el Redentor y lo que Él haría.

El pueblo judío había asumido que Moisés había entregado el maná en el desierto y que Jesús también podía proporcionar pan. La muchedumbre, ansiosa de llevar adelante esta idea, pidió una señal como la que Moisés había dado en el desierto. No estaban perdiendo el tiempo en investigar a Jesús para determinar si estaba a la altura del trabajo.

Las multitudes acudieron en masa para ver a Jesús al día siguiente. Pero recuerde, Jesús sabe lo que hay en el corazón humano. Él declaró: "De cierto, de cierto os digo, que me buscáis, no porque visteis las señales, sino porque comisteis de los panes y os saciasteis. Trabajad, no por el alimento que perece, sino por el alimento que permanece para vida eterna, el cual el Hijo del Hombre os dará, porque Dios el Padre ha puesto su sello sobre él" (versículos 26, 27).

Él se declaró a sí mismo como el Pan de Vida a través del cual existía la vida eterna. El maná en el desierto simplemente sostenía la vida temporal. Jesús dijo: "Moisés no os dio el pan del cielo, sino que mi Padre os da el verdadero pan del cielo" (versículo 32). En otras palabras, Él, Jesús, era el Pan del cielo. Él era el milagro que buscaban, pero no lo reconocieron.

Cristo continuó diciendo: "El pan de Dios es el que descende del cielo y da vida al mundo" (versículo 33).

La multitud respondió: "Danos de este pan" (versículo 34).

Jesús dijo: "Yo soy el pan de vida. El que a mí no tiene hambre jamás, y el que cree en mí no tiene sed jamás" (versículo 35).

"Entonces los judíos se quejaban de él, porque él decía: 'Yo soy el pan que bajó del cielo'" (versículo 41). Lo rechazaron cuando se dieron cuenta de que no se convertiría en su rey terrenal. No encajaba en el molde producido por el pensamiento y las circunstancias terrenales. Rechazaron la conversión que transformaría su pensamiento para que pudieran reconocer y aceptar a Jesús como el Mesías.

En el relato de Juan, a menudo hay una respuesta de fe y una respuesta contrastante de duda. Independientemente de la respuesta, el deseo de Jesús es el mismo para todos: "Esta es la voluntad del que me envió: que

todo el que vea al Hijo y crea en él tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero" (versículo 40).

El testimonio de Pedro

Juan el Bautista declaró que Jesús era el Cordero de Dios. Esta declaración se refería claramente al sistema de sacrificios que proporcionaba expiación por los pecados personales de uno para reconciliarse con Dios.

Al decir que les daría su carne para comer, Jesús esperaba que entendieran su papel como el Cordero de Dios. "Yo soy el pan vivo que bajó del cielo. Si alguno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual daré por la vida del mundo" (versículo 51).

Pero ellos no lograron hacer la conexión y en lugar de eso murmuraron, diciendo: "¿Cómo puede este hombre darnos su carne para comer?" (versículo 52).

La referencia a comer la carne de Jesús y beber su sangre debe haber conmovido a los judíos. Sabían que no se le podía tomar literalmente..., pero ese parece ser el sentido natural de sus palabras. El comer y beber del que se habla aquí debe entenderse como una metáfora fuerte y vívida para denotar la completa apropiación de Jesús por parte del creyente por la fe. También hay una conexión en Sus palabras con la Cena del Señor. Cuando participamos en los emblemas del ritual, estamos comiendo simbólicamente la carne y bebiendo la sangre de Jesús, apropiándonos de los beneficios de su muerte para nosotros, con el fin de renovar nuestro compromiso completo con Él. Su muerte sacrificial continúa nutriendo nuestra vida espiritual.¹

Debido a que la multitud malinterpretó que Jesús era el verdadero Cordero de Dios, lo rechazaron. También fue rechazado por los oyentes a quienes enseñó en la sinagoga de Cafarnaúm. Además, estaba consciente de que algunos de Sus discípulos estaban murmurando y que uno de ellos lo traicionaría (versículos 60-66, 70, 71).

Entonces Jesús preguntó a sus discípulos inmediatos si querían dejarlo. ¡Recibió una respuesta increíble de Pedro! Esta respuesta fue tan fuerte que el apóstol Juan debió de alegrarse al escribirla en su Evangelio:

"Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. También hemos llegado a creer y a saber que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente" (versículos 68, 69).

Un recurso de apelación

Juan quiere que sus lectores entiendan que Jesús es el Mesías. Él quiere que lo aceptemos como nuestro Salvador personal para que podamos tener la salvación a través de Él. Su Evangelio describe la batalla entre el pensamiento bíblico y el pensamiento humanista. ¿Es Jesús el Mesías prometido, o es simplemente la persona más prominente de la época? ¿Es Él barro en nuestras manos, para ser moldeado por la visión del mundo de la sociedad contemporánea? ¿Ha de ser entendido desde cualquier visión del mundo que uno elija? ¿Es un ídolo para la época, un simple dios que se ajusta a las demandas de la sociedad? ¿O es Él el Mesías cuya venida fue profetizada en el Antiguo Testamento?

El Evangelio de Juan no considera a Jesús como *un* mesías; más bien, lo considera como *el* ¡Mesías! La tentación en todas las épocas ha sido tratar de encajar a Dios en el pensamiento contemporáneo, el héroe, el salvador de la época. Pero Juan tiene muy claro que hay un solo Mesías, el Logos, el Hijo de Dios, Dios mismo de eternidad en eternidad y, por lo tanto, el Salvador del mundo. El Unigénito del Padre es Jesucristo. No está sujeto a ningún otro sistema de pensamiento. Él es la base de todos los aspectos de la vida, incluyendo nuestro propio pensamiento limitado.

Al estudiar estos relatos, palpemos el corazón de Juan, quien anhela llevarnos a Su Mesías. Sintamos la lucha entre Cristo y Satanás, reconociendo que Jesús nos invita a estar abiertos a su ministerio en nuestro nombre. ¡Seamos receptivos a Aquel que desea darnos Su victoria ahora mismo y Su presencia por toda la eternidad!

1. Ángel Manuel Rodríguez, ed., *Comentario Bíblico Andrews*, vol. 2, *Nuevo Testamento* (Berrien Springs, MI: Andrews University Press, 2022), 1431.